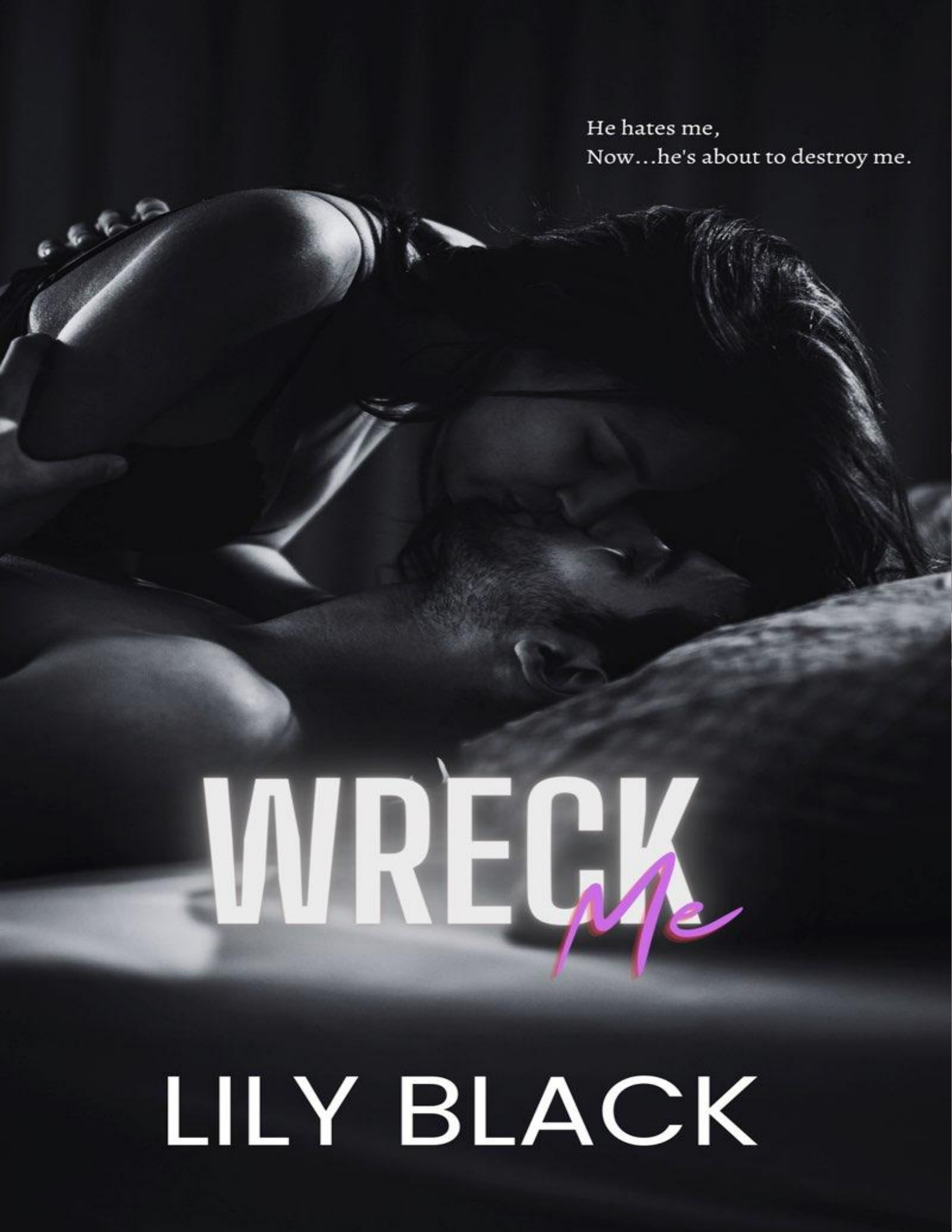
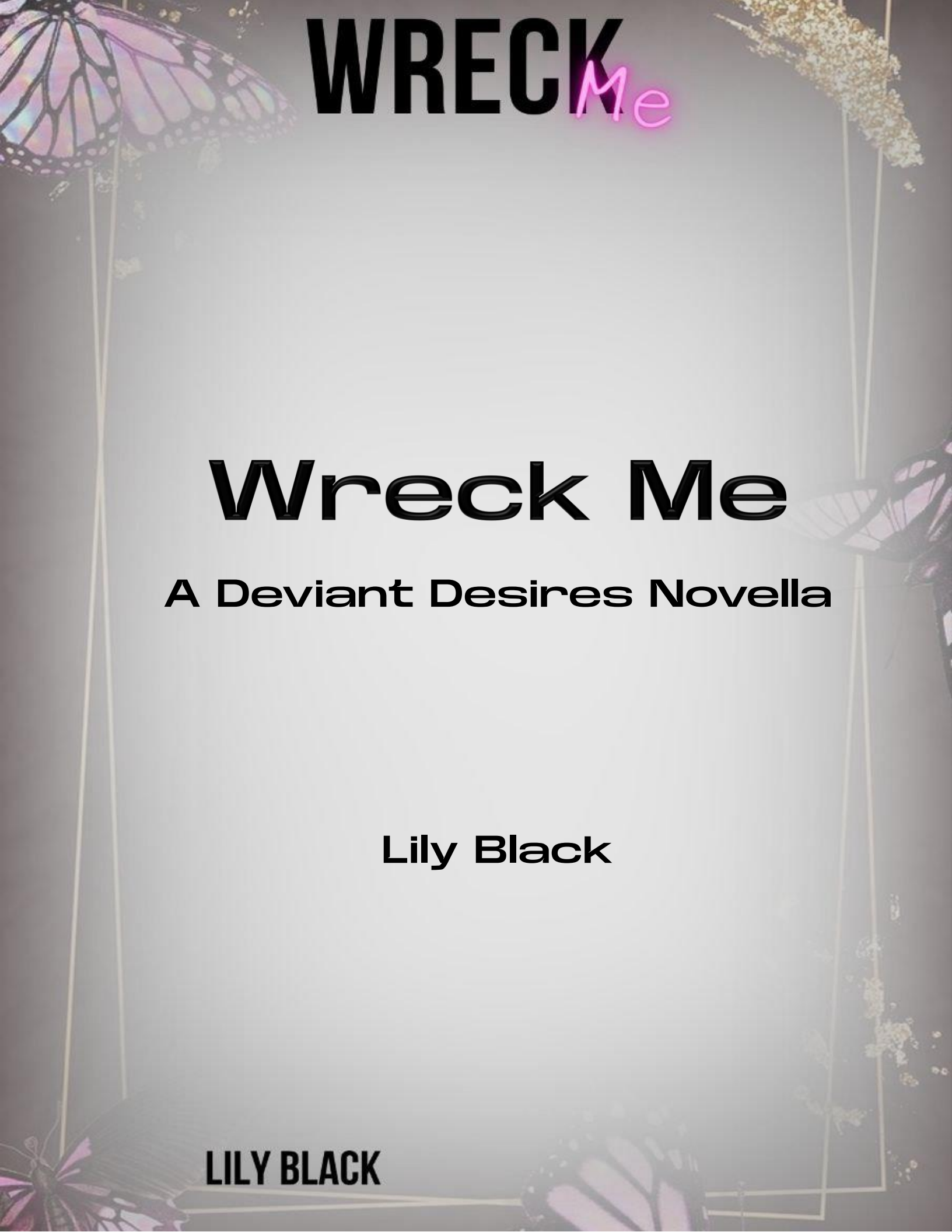

He hates me,
Now…he's about to destroy me.
WRECK
Me
LILY BLACK



Wreck Me

A Deviant Desires Novella

Lily Black

LILY BLACK

WRECK Me



Romance y más...

https://t.me/+p6sStsY7o4c2MTZh

LILY BLACK

WRECK Me

Staff

Traducción

Rose

Corrección

Black

Diseño

Phinex

Lectura Final

Bones

LILY BLACK

WRECK Me

Disclaimer



Trabajo sin fines de lucro, traducción de ***fans para fans***, por lo que se prohíbe su venta.

Favor de no modificar los formatos, publicar o subir capturas en redes sociales.

LILY BLACK

WRECK Me

Índice

1. Ryan
2. Gabriela
3. Ryan
4. Gabriela
5. Ryan
6. Gabriela
7. Ryan
8. Gabriela
9. Ryan
10. Gabriela
11. Ryan

Sobre el Autor

También por Lily Black

LILY BLACK

WRECK Me

Sinopsis

Gabriela

Un reto estúpido,

Le dio a mi hermanastro la palanca para destruir mi vida.

Un par de fotos y videos,

Y ahora prácticamente me posee.

Ryan

Un golpe en la pantalla y el reinado de terror de mi malvada hermanastra ha terminado.

Ahora la tengo a ella justo donde la quiero,

De rodillas.

Rogando por piedad.

LILY BLACK

WRECK Me

Dedicatoria

Cada chico malo tiene una chica buena esperando para destruirlo.

LILY BLACK

1

Ryan

—¿Qué coño pasa?

Tiro las sábanas hacia atrás, con el corazón acelerado, y me apresuro a coger el portátil. Tengo las palmas de las manos resbaladizas de sudor y de algo totalmente distinto: semen pegajoso y viscoso que parece aferrarse a mis dedos mucho después de que me los limpie en las sábanas. Tengo los ojos pegados a la pantalla, la incredulidad se mezcla con el asombro y la repugnancia al ver las imágenes explícitas que aparecen ante mí.

Es ella. No hay duda. Mi hermanastra, la chica con la que me sentaba en las cenas familiares de mi infancia, la chica de la que me burlaba, aparece en todas las fotos. Está desnuda, su cuerpo se contorsiona y gime mientras se complace ante la cámara.

Joder, la reacción de mi cuerpo me revuelve el estómago, pero me hace arder de deseo, del que no se puede saciar, ahora recuerdo. Estas fotos, toda esta serie gráfica, forman parte de un grupo de bancos de nalgadas al que pertenezco. Un grupo donde compartimos nuestras fantasías pornográficas más depravada, donde coronamos a una nueva "puta del semen" cada semana y nos masturbamos con ella en un frenesí colectivo. Y esta semana... esta semana, es ella, Gabriella.

Es difícil expresar con palabras lo que siento ahora mismo. Vergüenza, culpa, rabia, asco... todo está revuelto dentro de mí como un nudo que no se puede deshacer. Sin embargo, aunque me odio por participar en este juego enfermizo, mi cuerpo sigue respondiendo a las imágenes de la pantalla. La polla se me pone dura

de nuevo, gotea liquido pre seminal sobre mi mano mientras un gemido se escapa de mis labios. Ni siquiera me había dado cuenta de que había vuelto a masturbarme.

Soy un gilipollas, pienso, mientras mis manos suben y bajan por mi polla con frenesí. Y también lo son los otros universitarios, que utilizan los cuerpos de estas chicas para el placer sin pensárselo dos veces.

No puedo evitar preguntarme, mientras miro su cara en la pantalla, cómo alguien tan inocente puede hacer algo tan sucio. ¿Le excita la idea de que todos esos chicos se masturben con ella, usándola como su puta y su juguete? La idea me enfurece y no entiendo mi rabia.

Me aseo y salgo al pasillo. Gaby tiene que dar explicaciones. Puede que tenga dieciocho años y esté en la universidad, pero ¿en qué coño está pensando? Es popular para ser de primer año, pero esto es una gilipollez. No quiero que mis amigos se masturben con ella, no importa lo jodidamente molesta que sea. Lleva viviendo conmigo desde principios de año, y ha sido jodidamente difícil, incluso malcriada, pero está yendo demasiado lejos. Nunca quise compartir piso con ella, pero es la idea de mi padre si quiero que siga pagándome la matrícula.

Cuando entro en su dormitorio, le arranco las sábanas y ella gime, acurrucándose.

—¿Qué pasa? Estoy durmiendo. —Murmura, apartándose de mí y abrazándose a la almohada. Sus minúsculos pantalones cortos y su top no dejan nada a la imaginación.

Y por primera vez, me doy cuenta de cómo ha evolucionado su cuerpo. Ha crecido y tiene un cuerpo jodidamente sexy. Un cuerpo en el que nunca debería pensar como lo estoy haciendo ahora. Todo era mucho menos jodido antes de ver sus tetas y su coño en la pantalla de mi portátil. Me siento en conflicto, perturbado, pero excitado al pensar en cómo mi polla se engrosa en mis manos, cómo bombeo mi longitud más y más rápido en las fotos de su coño chorreante en mi pantalla, de los videos de ella metiéndose los dedos, imaginando hundir mi polla en su apretado coño virgen. Hasta que la cara de la chica de Gaby apareció en la pantalla mientras

cuerdas de semen me ensuciaban las manos y el estómago.

¿Qué pensaría su estirada madre de su chica de oro si supiera lo que estaba haciendo Gaby?

Mi hermanastra se ha salido con la suya en todo desde que mi padre se casó con su madre hace diez años, pero dudo que esto sea fácil de encubrir. Gaby vive para torturarme. Sostiene el ultimátum de mi padre sobre mi cabeza, amenazando con quejarse de mí. Soy tres años mayor, y aunque apenas tolero a la chica, tengo que mantener la boca cerrada. He estado en el extremo receptor de la ira de mi padre demasiadas veces por esta chica mientras crecía, pero eso se acaba ahora.

¡Pero ahora tengo esto sobre la pequeña puta! Le costará explicarlo. No hay párpados batientes y pucheros hará que esto está bien. Y entonces me doy cuenta. Este podría ser mi boleto para echar a la perra. Ella puede inventar alguna excusa para vivir en los dormitorios.

No más niñera de la pequeña puta.

—¿Quieres explicar esto? —Pregunto, iluminando su cara con la luz de mi teléfono, con su foto desnuda a la vista. Las he descargado en la nube y las tengo en todos los dispositivos.

—¿Cómo diablos conseguiste eso? Imbécil. Maldito asqueroso. —Se sienta en la cama e intenta arrebatarme el teléfono. Me elevo sobre ella, mi metro ochenta la hace parecer una niña.

—Está circulando en mi grupo del banco de nalgadas de la universidad. Creo que la pregunta es: ¿por qué *coño* cuelgas desnudos en Internet?

—No es asunto tuyo. Bórralo, Ryan.

—¿Borrarlo? Estaba pensando en enviárselo a tu mami. Debería saber lo que es realmente su princesita.

Sus ojos se abren de par en par.

—Tú no... —se interrumpe.

—Quizá a tus amiguitas putas. ¿No les gustaría ver lo que hace su abeja reina? —Continúo—. ¿Tus profesores?

Le tiemblan los labios. Está asustada. Incluso en la suave luz de la lámpara, puedo verlo. Por fin tengo algo sobre ella y disfrutaré haciéndola sufrir.

—¿Qué quieres, Ryan?

Suspiro dramáticamente y empiezo a retroceder.

—Ya te lo diré.

2

Gabriella

Por mucho que lo intento, no consigo volver a dormirme. Era un reto, una estupidez. No debería haberme dejado liar, pero las chicas lo estaban haciendo y yo no quería ser la rara. Maldita reputación. Se suponía que era sólo para nuestros ojos, no para colgarlo en Internet, y mucho menos para que llegara al teléfono de mi hermanastro. Ahora Ryan me lo echará en cara y lo usará para que haga lo que él quiera.

Siempre me ha odiado. Me culpa por arruinar su vida. Como si mi madre casándose con su padre fuera mi culpa o algo así. Esto es exactamente lo que necesita para ponerme de rodillas. No sé hasta dónde llegará, pero sé que no me gustará nada de lo que Ryan me tiene preparado.

Me pesan los párpados y, mientras me duermo, mi mente se remonta a cuando conocí a Ryan. Fue en la boda de mamá. Yo solo tenía diez años y estaba emocionada por tener por fin una nueva familia. El padre de Ryan, Alex, era amable y atento, pero Ryan dejó claro desde el principio que no quería tener nada que ver conmigo. Mi vertiginosa alegría ante la posibilidad de tener un hermano se desinfló rápidamente.

Recuerdo que me acerqué a él. Era el chico más alto de la habitación, con el cabello oscuro y los ojos grises como tormentas.

—Hola —le saludé con la mano extendida, pero Ryan me miró con el ceño fruncido.

—No necesito una hermana pequeña —me espetó.

Mi corazón se hundió, y pasé el resto de la boda. No entendía por qué mi nuevo hermanastro era tan malo.

A lo largo de los años, fue cruel, y yo tomé represalias. Me quedé dormida y lo último que vi fueron imágenes de desnudos.



Me despierta el sonido de música a todo volumen. Entrecierro los ojos ante la luz que entra por la ventana y miro el reloj. Son las once de la mañana. Me arrastro fuera de la cama. Los fines de semana de Ryan solían consistir en fiestas y más fiestas, pero unas palabras con su padre acabaron con eso. Obviamente, su pequeño descubrimiento lo ha cambiado todo.

Me meto en la ducha, dispuesta a decirle a Ryan lo que pienso. Tengo mucho trabajo que hacer y no voy a dejar que me retrase.

Media hora después, me abro paso entre los estudiantes en el pasillo. Ryan está sentado en la isla de la cocina, con la lengua en la garganta de una chica.

—¡Ryan! —Grito, intentando llamar su atención—. ¡Ryan!

O me ignora o está demasiado preocupado por la zorrita a la que manosea como para darse cuenta. Me acerco y le toco el hombro. Me mira con los párpados encapuchados, pero no deja de besar a la chica.

—Tienes una fiesta a las once de la mañana —le digo—. Creía que teníamos un acuerdo.

Se separa de la chica.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tu padre se va a cabrear. —Ni siquiera menciono a mi madre. Ryan la odia incluso más de lo que me odia a mí.

Se ríe entre dientes. Skank me mira como si fuera un insecto al que quiere pisotear.

—¿Quién se lo va a decir? —dice Ryan, apretando el culo de la chica para que

vuelva a centrar su atención en mí—. Mi casa. Mis putas reglas.

El sonido de la risa de los chicos detrás de mí sólo alimenta mi ira. Respiro hondo, intentando mantener la compostura.

—¿Te parece gracioso? —replico, con la voz teñida de frustración—. Esto no es una broma, Ryan. Tengo proyectos para el lunes, y acordamos mantener las fiestas al mínimo.

Ryan sonríe, claramente deleitándose en el poder que tiene sobre mí. Su agarre del culo de la chica se intensifica y no puedo evitar sentirme asqueada por su comportamiento.

—¿Crees que eso me importa? —replica, con un tono que destila arrogancia—. Vete, ratoncito, o tendré que perseguirte.

—Eres un idiota.

—Cierto. Pero no hay nada que puedas hacer al respecto.

Aprieto los puños. Sé exactamente a qué se refiere. ¿Cuánto tiempo va a utilizar este idiota esas fotos sobre mí?

—No te atreverías —digo apretando los dientes.

Ryan aparta a Skank, salta de la encimera y se acerca a mi oído. Su aliento me eriza el vello de la nuca y sus ojos se llenan de malicia.

—Pruébame —susurra—. Si quieres evitar que esas fotos se extiendan como un reguero de pólvora, cierra la boca y déjame hacer lo que quiera.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago, pero me niego a que vea lo mucho que me está afectando. Enderezo la espalda, haciendo acopio de todas las fuerzas que me quedan.

—No vales la pena —digo, alejándome de él, con voz temblorosa pero decidida—. He terminado de jugar a tus juegos, Ryan. Me marcho.

Con eso, me alejo de él, ignorando los susurros y las risas burlonas que siguen. Me abro paso a través de la caótica casa, empujando a la multitud de asistentes a la

fiesta, y me dirijo hacia la puerta.

Le envío un mensaje a Amy y le digo que voy a su casa.



—De ninguna manera. ¿Cómo iba a conseguir eso? ¡Mierda!

Amy manda un mensaje a nuestros otras amigas.

—Tessa prometió que nadie tenía acceso a su portátil. Ni siquiera sé qué pensar. Esto es un puto desastre.

Mi mano aprieta la cerveza que me dio. No soy fan de ella, pero es el único alcohol que tiene en la nevera. He estado luchando con ella desde que llegué hace quince minutos.

Cuando llegan Tessa y Brandy, nos apiñamos sobre el portátil de Tessa y nos damos cuenta en cuanto entramos en su correo electrónico de que hay basura. El gilipollas de su hermano se envió a sí mismo un enlace a la carpeta online. Pero era demasiado tonto para vaciar la papelera.

—¡Mierda! ¡Ese cabrón! ¿Cómo ha podido hacer esto? —Tessa está angustiada. Es la única de mis amigas que aún vive con su familia. Amy tiene un apartamento fuera del campus, y Brandy vive en los dormitorios. Ahora mismo, desearía que una de nosotras tuviera los vídeos en lugar de Tessa; pero no es culpa suya.

—¿A cuánta gente le envió fotos por correo electrónico? —Digo, con el corazón latiéndome en el pecho.

—Nuestros padres nos matarán si se enteran. Vamos a tener que hacer algo —dice Brandy, mordiéndose las uñas.

—Es demasiado tarde para eso. Está ahí fuera, joder. —Amy gime.

La habitación se sume en un pesado silencio mientras el peso de la situación se hunde.

—Todo esto es culpa mía. —La angustia de Tessa es palpable.

—No. No lo es. Tenemos que hablar con Sean y averiguar a cuánta gente se lo ha enviado. Y hacer que esos gilipollas lo borren —digo—. Que yo sepa, sólo se lo ha enviado por la universidad a este grupo en el que están todos. Ryan está en el mismo grupo.

Brandy asiente.

—Joder que sí, no podemos dejar que el miedo nos paralice.

Tessa asiente.

—Mira, hablaré con él. Amenázalo si es necesario.

3

Ryan

Alrededor de mi tercer bourbon, envío la primera foto a mi querida hermanastra.

Ella responde en un segundo.

Gaby: ¡Gilipollas! Deja de torturarme. Bórralas.

Yo: Pero si son muy bonitas.

Gaby: Eres un pervertido.

Yo: ¿Quizá debería compartirlo en Instagram?

Escribe, se para y vuelve a escribir. Sé que la tengo acorralada. La gatita tiene miedo. Lo noto.

Gaby: ¿Qué debo hacer para que los borres?

Escribo una lista y se la envío.

Sonriendo, vuelvo a mi cerveza.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Sean—. Sólo pones esa cara cuando estás a punto de echar un polvo.

—¿No te gustaría saberlo, amigo? —Me río.

Gaby llega cerca de medianoche y saca las garras.

—Se acabaron los juegos, Ryan —sisea, acechándome.

—¿Qué vas a hacer al respecto, gatita?

Frunce el ceño.

—Borra esas fotos. Fue un reto que salió mal, y no puedes ser tan cruel como para echármelo en cara.

—Me importa un carajo si fue un reto, y pienso sostenerlo sobre ti todo el tiempo que quiera.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho. Elige un numerito de la lista que te envié para que me calle. —Sonrío.

—No puedes esperar que lo haga... eres mi hermanastro.

—Sí, y tú eres una puta. —Le digo.

—No soy una puta. Esas fotos eran privadas. No se suponía que salieran a la luz. Y mucho menos que llegaran a tu teléfono.

—Ya, ya. Ambos sabemos que querías que alguien viera esas fotos. De hecho, me gusta bastante que seas una puta. Me beneficia —digo, acercándome a ella. Su respiración se entrecorta y su pecho se agita bajo la camiseta rosa.

—No lo entiendo —responde.

—Bueno, quizá en una situación como ésta, ser una puta te beneficie.

—¿Qué demonios?

Tomo asiento en el sofá y me desabrocho el cinturón.

—Elige uno.

—Estás loco si crees que voy a hacer algo de esto contigo. ¡Estás jodidamente enfermo! —Dice, dándose la vuelta para irse.

—Imagíname enviando esto a toda mi lista de contactos. Me agradecerán estas

fotos y vídeos. ¿Pero sabes qué? Puede que me ahorre a mis queridos papi y mami... por ahora.

Sus pasos vacilan, luego se detiene.

—Si lo hago, ¿prometes borrar esas fotos y pedir a tus pendejos amigos que hagan lo mismo?

Me río entre dientes.

—Esto no es una negociación, cariño.

—Ryan...

Me encanta el tono suplicante de su voz.

—A ver qué tal se te da, y luego hablamos.

Gaby se gira y, al cabo de un rato, se quita la ropa una a una: primero la camiseta, y se me hace la boca agua al ver su vientre liso y tonificado. Se desabrocha el sujetador, mostrando unos pechos firmes que piden ser estrujados. Las cosas que quiero hacerle a esas bellezas. Se quita los pantalones y deja al descubierto unas piernas largas y esbeltas que parecen no tener fin.

Mi polla se estremece cuando se quita la ropa interior, mostrando su coño afeitado, *¡y joder!* Quiero enterrarme tan dentro de ella que no podrá andar en días.

—He hecho lo que me pediste —dice en voz baja, cubriéndose los pechos. No puedo apartar la vista de su coño. No sé si podré aguantar más. Estoy tan excitado que no creo que sea suficiente con verla desnudarse.

—Ven aquí —le ordeno.

—No creo...

Saco mi teléfono y sus ojos se abren de par en par. Ya les he dicho a esos cabrones de mi grupo que eliminen las fotos de su teléfono y que si encuentro aunque sea una de esas fotos circulando por internet, me aseguraré de que todo el mundo se entere de la colección de fotos de chicas borrachas menores de edad que tienen algunos de ellos. *Soy un monstruo jodido*, pienso, mirando a mi hermanastra, pero no

estoy tan jodido.

—¡Vale! —Grita, acercándose tentativamente. Se me hace la boca agua. Sé que no pararé hasta probarla. Ahora no.

Su coño está tan caliente. Parece mentira que apenas tenga dieciocho años. La agarro por las caderas y la meto entre mis piernas, con la cara a escasos centímetros de su coño. Entonces la beso ahí, en los labios de su precioso coño, y ella respira agitadamente. Luego le lamo el clítoris suavemente, burlonamente, y ella gime.

—Ryan. No... —No parece un no. Su coño está tan mojado que prácticamente lo está pidiendo. Cada vez le cuesta más recuperar el aliento mientras sigo hundiendo mi lengua más y más dentro de su coño chorreante.

—No... —Sigue protestando incluso cuando hundo la lengua en su agujero. Noto los músculos de su coño apretándose alrededor de mi lengua. Está tan apretada que fuerzo mi lengua dentro de ella. Cuando me recompensa con un gemido profundo, tengo que contenerme para no correrme en los pantalones.

—Cede, Gaby —le digo, y sus dedos temblorosos me agarran del cabello. Pronto me convenzo de que me está machacando.

Aparto la cara de ella, con su excitación aún en mi lengua. Su cara está sonrojada, la vergüenza tiñe de rosa sus mejillas. Lo desea. Me desea a mí. Pero las putas no se corren en mi lengua hasta que se lo ganan.

—Ahora, sé una buena chica y ponte de rodillas.

Gaby se arrodilla lentamente, y sus ojos se posan en mi entrepierna mientras me desabrocho los vaqueros y bajo la cremallera.

—¿Por qué haces esto? —Me pregunta mientras me bajo los pantalones hasta los tobillos.

Le pido que haga el resto y ella engancha los dedos en la cintura de mis bóxer, arrastrándolos hacia abajo. Mi polla se libera. Gruesa, dura y palpitante. Ella traga saliva.

—Porque me encanta ver a princesitas de rodillas —le digo—. Y en cuanto vi

esas fotos, tú y yo cruzamos una línea.

—Yo... no lo he hecho —susurra, con los ojos fijos en mi polla. Me encanta ver el miedo y la incertidumbre en sus ojos.

—¿No has hecho qué? —Pensar que mi polla es la primera que explora me pone cachondo.

—Tocar.... —Me señala la polla.

Sonrío. Ni siquiera puede decir la palabra *"polla"*. Puede que haya sido un reto, después de todo. Un reto que me beneficia.

La agarro de la muñeca y traigo su mano hacia mí, con la palma hacia arriba para escupirle. Ella traga saliva.

—Ahora, tócala —le ordeno—. Así. —Paso la mano de la base a la punta.

Ella estira la mano tímidamente, rodeando la base de mi polla, ni siquiera hasta la mitad. La sube y la baja despacio, como le he enseñado.

—Usa las dos manos —le digo apretando los dientes. Ver a Gaby de rodillas me hace perder la puta cabeza. Empieza a acariciarme desde la base hasta la punta—. ¡Joder! —Gimo cuando enrosca el dedo alrededor de la punta y empieza a jugar con mi raja. Me encanta su inexperiencia. Qué inocente.

—Lo estás haciendo muy bien, Gaby. Un poco más rápido.

Acelera el ritmo y no me extraña que se lama los labios.

—¿Quieres probarme, hermanita? —le pregunto, y ella niega con la cabeza. Por desgracia, me importa una mierda lo que quiera. Esta noche se va a tragar mi polla hasta la garganta.

—Lame con la lengua, Gaby.

Ella saca la lengua y lame la punta, un hilo de pre semen claro, y usa sus dientes y labios para meterlo en su boca.

—Chúpalo, nena —le digo, con mis dedos recorriendo sus mejillas. Utiliza los dientes y los labios; no hay nada más bonito que ver mi polla hundirse en su boca.

—Gime para mí. Muéstrame cuánto lo deseas. No querrás cabrearme.

—Mmm —gime ella, dándole una chupada más.

Aprieto sus mejillas, empujando mi polla a través de sus labios.

—Puedes hacerlo mejor.

Se atraganta ante la intrusión, forcejeando un segundo. Intenta apartarse, girando la cabeza, tragando aire, ahogándose como una puta aficionada. Se acabó. Voy a poner fin a esa mierda ahora mismo.

Se la meto hasta la mitad y sus mejillas se hunden mientras la deslizo hasta que la punta queda entre sus labios. Lo hace otra vez, y me encanta que le esté cogiendo el truco.

—Qué bien sienta, joder —gimo.

Me saca la polla de la boca.

—Necesito un minuto —me suplica.

Me mete en su boca cuando recupera el aliento. Levanto las caderas, le agarro el cabello con la mano y dejo que se meta cada centímetro de mí en la boca hasta que se atraganta.

—Cada vez que te portes mal, te ahogarás conmigo, putita.

Ella empieza a chuparme y acariciarme mientras trabaja mi polla mientras yo agarro en un puño sus tetas. Lo hace muy bien, acelera y me bombea con más fuerza. Lágrimas sin derramar brillan mientras su lengua acaricia mi polla.

—Te ves tan bien con la boca llena de polla, Gaby. Qué preciosa.

Quiero follarle la boca con más fuerza, tirarla al suelo y asfixiarla con mis veinte centímetros.

En vez de eso, la agarro del cabello, empujo hacia arriba, golpeando la parte de atrás de su garganta.

—Me voy a correr, Gaby. Me voy a correr en tu garganta.

Ella sacude la cabeza, con la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Vamos, nena. Vamos, hazlo por mí, Gaby.

Vuelve a tener arcadas.

—Por favor, Gaby —le suplico, follando su boca más profundamente—. Toma mi semen.

Sale a tomar aire justo antes de que vuelva a meterle la polla. La primera oleada me golpea, y me corro tan fuerte que juro que veo estrellas. El calor de los labios de Gaby en mi polla es demasiado para soportarlo. Vacío hasta la última gota en su boca y ella se lo traga todo, con lágrimas cayéndole por la cara.

Cuando termino, saco mi polla de su boca.

—Chupas la polla jodidamente bien, *hermanita* —le digo.

Ella aparta la mirada, las lágrimas siguen cayendo por su preciosa cara.

—Ha sido increíble. —Apoyo la cabeza en el sofá.

—¿Vas a borrar esas fotos y vídeos ahora?

Sonrío.

—Después de esto, no lo creo. Creo que necesitaré un poco más de convencimiento. —Me río.

Se le cae la cara de vergüenza y se levanta, dejándome ver otra vez su cuerpecito perfecto. Sí, necesito mucho más tiempo con ella.

Aprecio cada centímetro de su cuerpo. Se echa hacia atrás y la veo marcharse. Puede que haya sido la mejor puta idea que he tenido nunca. Mi propio juguetito está al final del pasillo.

4

Gabriella

Por mucho que me restriegue, no consigo quitarme el olor de Ryan. Permanezco bajo la ducha hasta que el agua sale fría. Luego me pongo el pijama y me meto en la cama. Me siento violada y utilizada, y él ni siquiera ha borrado esas fotos incriminatorias. No es la primera vez que me lo pregunto. Tendría que haberme sincerado con mis padres en lugar de dejar que mi hermanastro tuviera la sartén por el mango. Si no tiene nada contra mí, no tengo por qué hacer las cosas que me obliga a hacer. La forma en que su gruesa polla invade mi boca, mi garganta. Las lágrimas caen por mis sienes. No sé cómo, pero me quedé dormida.

Me despierto con el sonido de un gruñido, y cuando abro los ojos, Ryan está en mi habitación, de pie encima de mí, desnudo y bombeando su longitud furiosamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Quédate quieta. Quiero correrme en tu preciosa cara. Joder, sabía que eras una puta, pero la forma en que me chupaste la polla, Gaby. Estuviste jodidamente perfecta.

Estoy demasiado congelada para moverme.

—Quítate el top —gime, y demasiado asustada para desobedecer, me quito el top, odiando no llevar sujetador.

—Joder, sí, nena.

—Puta de mierda —gruñe cuando me mira el pecho. Mis pezones están duros

por el frescor del aire nocturno, pero sus ojos se oscurecen al verlo, asumiendo que es para él.

—Esto está mal, Ryan —digo entre respiraciones agitadas.

—Me da igual. Me voy a correr encima de ti. —Dice, sacudiendo su polla cada vez más rápido.

—Eres jodidamente hermosa, putita.

Y entonces se corre en mi cara, espeso, pegajoso semen golpeando mi mejilla. Continúa, el siguiente chorro golpea mis labios, y entonces empuja su polla aún dura dentro de mi boca, y no tengo más remedio que chupársela aún más fuerte que antes, sacando aún más semen. Gruñe, y cuando sale, cierro los ojos. Ryan procede a frotarme los restos de semen de la cara contra la piel, que es lo más humillante que he experimentado nunca.

—¡Eres una chica tan buena! Qué buena chica.

Las lágrimas empiezan a rodar por mi cara por segunda vez esta semana, y no siento que pueda moverme. Quiero moverme, pero no puedo.

Me agarra por la garganta, apretando ligeramente.

—Y vas a ser mi juguetito para follar siempre que yo quiera. —Me besa los labios, me muerde el labio inferior y sale de la habitación.

~♡

Ryan está en la cocina, preparando el desayuno en calzoncillos a la mañana siguiente. Intento apartar la mirada, pero no puedo negar que, por muy malvado que sea mi hermanastro, es guapísimo. Todas las chicas que conozco quieren a Ryan. Incluso mis amigas no pueden evitar mirarlo cuando lo conocen.

—Buenos días, Gaby, ¿quieres tortitas? —me pregunta como si anoche no hubiera pasado nada entre nosotros.

—No sabía que sabías hacer tortitas. —suelto.

—Pues hay muchas cosas que no sabes de mí —dice mientras se limpia las

manos en una toalla. Ven, siéntate.

—No, gracias, tengo planes con Amy —le contesto, bajando la mirada al plato. Se me revuelve el estómago ante la idea de quedarme en esta casa un segundo más.

—No vas a ir a ninguna parte, hermanita —dice con una sonrisa malvada en la cara.

—No puedes retenerme aquí todo el fin de semana. —Protesto y me giro para salir de la cocina, solo para que me agarre el bíceps con sus enormes manos y me apriete hasta que chillo.

—Harás lo que te diga o compartiré esas fotos con todos los putos contactos de mi teléfono —me dice, empujándome hasta que me siento—. Entonces, come.

No digo ni una palabra, sólo cojo un tenedor y corto la tortita con el borde. Cuando me lo llevo a los labios, sabe a papel de lija.

—Termina y ven a la cama —dice, y yo cierro los ojos, apretando los dientes para no decir algo de lo que probablemente me arrepienta.

Sus palabras me hacen subir la bilis a la garganta. Dejo el tenedor y deslizo el plato.

—No tengo hambre —digo, echándome hacia atrás en la silla.

Me quita el plato de las manos y lo pone en el fregadero.

—Y en este apartamento no hace falta ropa. Quiero tener acceso a este coño veinticuatro/siete.

—¿Qué? —Me pongo en pie, como si acabara de tragar cristal.

—¿Qué parte de mis instrucciones no está clara? —pregunta, de pie ante mí.

—No voy a ser un juguete para follar. —Siseo, intentando que no me tiemble la voz.

Da un paso adelante.

—Eres estúpida por pensar que no voy a coger lo que me dé la gana —me dice, agarrándome la barbilla entre el pulgar y el índice—, pero disfrutarás mucho más si

haces lo que te pido. No querrás saber lo que les pasa a las chicas estúpidas.

Siento que se aleja unos centímetros.

—Sólo filtra esas fotos, maldito imbécil. —Intento calmarme, pero sólo pienso en ser una esclava sexual del gilipollas de mi hermanastro el resto de mi vida—. Esas fotos pueden dañar mi reputación, pero te sacarán fuera de mí.

—¿No me empujes, puta? —Dice, levantando las manos para agarrarme del cuello—. Eres una jodida estúpida.

—Eres un puto gilipollas —digo, las lágrimas empiezan a brotar mientras me abalanzo sobre él. Me somete al instante, me inclina sobre la isla de la cocina y me presiona el estómago contra el frío granito. Me rompe los pantalones y la ropa interior antes de que me dé cuenta de lo que está pasando.

—Llevo soñando con follarte desde el momento en que vi esas fotos en la pantalla —emite un gruñido feroz que me produce escalofríos.

—¿Ah, sí? —Escupí, echando la mano hacia atrás, arañándole y cerrando las piernas—. No tienes los huevos. —Sé que le estoy provocando, pero tengo que intentar algo.

Se ríe, bajo y burlón, me agarra de las caderas y me sujeta con una mano. Suelto un grito desgarrador de agonía cuando su palma toca mi culo. Eso solo hace que me azote con más fuerza.

—Voy a follarte tan duro y profundo que quedarás arruinada para cualquier puto hombre.

Me pongo frenética ante sus palabras, arañando su mano, intentando escapar, pero no puedo hacer nada. Me muerde el hombro, metiéndome y sacándome el dedo mientras me gruñe al oído. La invasión es demasiado, joder, y grito.

—¡Entrégate a mí, maldita sea! — Respira, saca el dedo y me lo mete en la boca. El sabor de mi excitación es nuevo, tan jodidamente extraño.

—Chúpamela —sisea mientras aprieta su polla contra mi culo. Gimo, cierro los ojos y le pido en silencio que pare.

Entonces me empuja con todo el peso de su cuerpo. Cierro los ojos y no puedo evitar las lágrimas que me corren por la cara; su polla me estira dolorosamente, empujando contra todas las barreras, provocando un sollozo estrangulado desde algún lugar profundo de mí.

—Tú, puta tonta —dice, jadeando y sin dejar de machacarme, sin darse cuenta de que me ha robado algo—. Estás tan jodidamente apretada; podría follarte toda la puta noche.

—Te odio —gimo, intentando apartarlo de mí, pero no parece oírme.

—¡Estás tan jodidamente apretada! —resopla, empujando más rápido esta vez, y yo gimo a mi pesar, el dolor convirtiéndose en un placer no deseado. Se aparta de mí y luego me penetra con una fuerza brutal que hace que mi cuerpo se balancee contra la isla de la cocina. Ryan me da palmadas en el culo mientras me folla.

—Ryan, por favor... gimoteo—. No... Ni siquiera tomo la píldora.

Me chupa la piel entre los omóplatos antes de morderme.

—Quiero destruirte, Gaby, y la idea de llenarte con mi semilla, oh, joder, eso me la pone más dura.

—¡Por favor! —Grito, pero eso sólo lo excita—. Esto no está pasando —grito mientras me penetra una vez, luego dos, y luego otra.

—Lo estás haciendo muy bien, nena, muy bien.

Odio el placer que me recorre cuando me rodea y me frota el clítoris. Mis sollozos son estrangulados y lo siento en lo más profundo de mi alma. Odio gritar cuando el orgasmo me golpea. Y entonces me pone de pie, con la polla aún dentro de mí, y suelta un gruñido gutural, llenándome de semen caliente.

Miro hacia abajo y veo cómo su semen sale de mí y cae al suelo de baldosas. Cierro los ojos, intentando no llorar, pero él sigue follándome y yo no puedo dejar de gemir.

—No quieres esto —me dice, golpeándome por última vez antes de salirse.

—No —gimo, sintiéndome débil y jodidamente horrible.

—No puedes decir que no lo que quieres.

Me derrumbo contra la isla, llorando histéricamente, sintiéndome usada y destripada porque me hiciera esto. Violarme de la peor puta manera. No sé cuánto tiempo me quedo así, incapaz de moverme. Estoy en otro mundo mientras me desplomo al suelo con la camiseta, los pantalones y la ropa interior tirados en el suelo a mi lado. Finalmente, me arrastro por el suelo de la cocina, en dirección a la puerta principal. Me paro. Me duele el coño por la forma en que me ha invadido. Cuando la abro, con la libertad tan cerca, Ryan la cierra de golpe.

—No te vayas. Por favor —dice, con una voz que suena a arrepentimiento, pero sus ojos siguen ardiendo y me asustan. Me levanta y me derrumbo, cansada de luchar, sollozando contra el pecho de este puto monstruo mientras me lleva al baño.

Mientras me sumerge suavemente en el agua caliente, el aroma de las sales de lavanda inunda el aire, mezclándose con el caos de mi mente. Entierro la cara entre las manos, las lágrimas caen por mis mejillas y mi cuerpo tiembla. El agua me envuelve, proporcionándome un abrazo reconfortante.

—Me has hecho daño...

Se arrodilla junto a la bañera, con los ojos llenos de arrepentimiento.

—Soy.... joder, Gaby —susurra, con la voz temblorosa—. No sé qué coño me pasa. Nunca quise llegar tan lejos. Simplemente no puedo parar....

—Déjame en paz, Ryan. Necesito un minuto. —Digo, hundiéndome en el agua y cerrando los ojos.

5

Ryan

Limpiando, veo los restos de lo que hice, el inconfundible rosa que tiñe los paños de cocina que utilizó para limpiar mi semen. Le quité la virginidad y no puedo sentirme mal por ello. Nunca he sentido nada tan apretado como el coño de Gaby. Sé que se va a convertir en mi adicción. ¡Carajo! Estaba listo para follármela de nuevo, pero tenía cosas que hacer.

Sean va a dar una fiesta, y es el momento perfecto para confirmar que ese cabrón borró esas fotos y vídeos. Mataré a cualquiera de mis amigos que tenga una foto de Gaby.

Cojo el teléfono y las llaves de Gaby y la encierro en el apartamento, por si acaso.

Cuando llego a casa de Sean media hora más tarde, el olor a hierba me golpea al abrir la puerta. *Changes*, de A$AP Rocky, suena por los altavoces.

—Ryan, amigo, pasa. Los padres no están, así que este chico va a jugar —dice, completamente colocado.

—Hola, amigo —le saludo y entro cuando se aparta.

Un par de mis otros amigos están en el salón, fumando, bebiendo o besándose con chicas.

—Hombre, ¿te has deshecho de todas las copias de esa carpeta?

—Sí, amigo. Claro que lo hice. Tessa también me ha estado echando la bronca. Relájate, amigo, relájate. Tengamos una fiesta.

Asiento con la cabeza, cojo una cerveza de la mesa y recorro la habitación. Sean

me da un codazo y me tiende un porro, que cojo con impaciencia.

Mientras fumo y me paso el porro, siento que el subidón me golpea agradablemente. La música está muy alta, pero es agradable. Una chica de la universidad baila en mi regazo durante un rato y, por muy sexy que sea, mi mente está clavada en Gaby. Sean se está follando a una chica en la mesa del comedor.

Después de unas horas, he terminado con esta escena y decido irme a casa.



Cuando abro la puerta principal, está en el sofá, como una visión con una camiseta demasiado grande.

—No puedes dejarme encerrada, Ryan —dice. No tiene ni idea de lo que voy a hacer para mantenerla aquí.

Sonrío, dejo caer las llaves sobre la mesilla y me dirijo hacia ella.

—¿Me has echado de menos? —pregunto.

Frunce el ceño.

—¡No! Estaría muy lejos si hubiera podido derribar esa puerta.

Le agarro la barbilla.

—No te irás a ninguna parte, princesa, no hasta que haya usado tu cuerpo hasta dejarlo sin vida.

Ella no responde. Está tan sexy cuando se enfada. Pienso en lo divertido que sería follármela aquí mismo, en el sofá, y sólo de pensarlo ya la empujo.

Grita, forcejeando bajo mis manos.

—¡Por favor, Ryan! No lo hagas.

—Es mucho más divertido cuando luchas, Gaby —le tiro de la camiseta por la

cabeza mientras ella se retuerce como una serpiente, bajándome la ropa interior.

Se pone rígida.

—Dios mío, no.

Le aprieto el pezón con la boca y le sujeto las manos por encima de la cabeza.

Presiono mi erección contra su coño mientras chupo con más fuerza su pecho. Muerdo con fuerza su otro pezón y ella grita.

—No lo hagas —le susurro—. No te resistas, nena.

Menea la cabeza. Su mirada se desvía.

—Por favor, no —suplica. Pero no lo entiende, joder. No puedo parar.

Me bajo la cremallera y me hundo en su húmedo coño con un gruñido. Un sollozo sale de sus labios y la acallo con un beso.

—Voy a hacerte sentir tan bien, Gaby, tan jodidamente bien —le susurro en la boca—. Sabes que no puedo parar. No puedo parar de follarte. No hasta que te posea por completo.

Pongo una mano en el reposabrazos del sofá y la agarro con fuerza mientras la penetro, usando la otra para acariciarle el clítoris. La cabalgo con más fuerza, metiéndola y sacándola mientras ella emite unos cuantos gritos ahogados más en mi cuello. Le chupo la clavícula, haciendo temblar su cuerpo mientras se corre. Su coño aprieta mi polla mientras me abalanzo sobre ella.

Estoy a punto de correrme y aprieto la boca contra la suya, pasándole la lengua por el labio inferior. Le follo la boca con la mía, frotando mi lengua contra la suya. Mis embestidas empiezan a ralentizarse, cada vez más cortas y rápidas, pero al sentirme cada vez más cerca, la saco y subo por su cuerpo, con las rodillas a ambos lados, hasta colocarme a horcajadas sobre su esbelto cuello, metiéndole la polla, untada con los jugos de su coño, en la boca. Tiene los ojos desorbitados, lo que me impulsa a cabalgarle la cara con más fuerza.

—Puta. Puta de mierda —siseo—. Te encanta que te follen así, ¿verdad? —Digo

apretando los dientes, corriéndome con fuerza.

Mueve la cabeza salvajemente, mirándome a los ojos, con lágrimas cayendo por su cara mientras se traga mi semen.

Le saco la polla de la boca y se la acaricio un par de veces para quitarle los últimos restos de semen de la cara.

—Eres jodidamente preciosa.

6

Gabriella

Una vez más, me prepara un baño. Me ha utilizado tantas veces que creo que mi alma está demasiado agotada para defenderse. Odio la forma en que mi cuerpo reacciona ante él. Sé que está mal. Sé que es un puto monstruo, pero cedo. Quizá debería luchar más. Ya no puede chantajearme si amenazo con sacar a la luz lo que me ha hecho.

—No quería hacerte daño, nena. —Odio ese apelativo. ¿Cómo se atreve a llamarme así? No soy su novia. No soy nada para él. Sólo un juguete para follar. Me levanta la cara manchada de lágrimas para que lo mire—. Solo te necesito —dice tan suavemente que casi le creo—. Dime que me perdonas.

Lentamente, con cautela, levanto la mano para ponerla sobre la suya, y él la toma como una invitación, subiendo detrás de mí. Me reclino contra él y su polla se pone dura al instante. Me asusta la forma en que parece ejercer algún tipo de poder sobre mí.

—Esto es lo que tú me has hecho a mí —susurra, mientras me recorre los brazos con las manos—. Tú hiciste esto. Jodiste con mi mente.

—No se suponía que fueras mía —dice, presionando una mano contra mi abdomen, empujando hacia abajo, lo que hace que su polla presione más prominentemente contra mi espalda. Sus manos bajan y cierro los ojos ante la sensación palpitante. Su pulgar se desliza sobre mi clítoris, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Me estremezco sin control. Su otra mano me roza los labios y baja por los lados del cuello hasta los pechos. Me aprieta los pezones con

los dedos y tira de ellos con fuerza.

—Quédate quieta —me ordena—. Si te mueves demasiado, tendré que follarte hasta dejarte sin sentido, y necesitas un descanso. Tienes el coño demasiado sensible.

—No puedo quedarme quieta —le suplico, moviendo las caderas. Su mano se mueve más rápido, tirando de mi pezón, pellizcándolo y retorciéndolo, haciendo que mi cuerpo se estremezca. Me siento tan bien que empiezo a apretarme contra su mano, necesitando más fricción, pero entonces se detiene.

—Quédate quieta —me vuelve a ordenar. Sus dedos bajan por mi vientre, me recorren los huesos de la cadera y bajan hasta mi coño, rozándome ligeramente el clítoris antes de meterlos y sacarlos de mí. Sus movimientos son rápidos y furiosos, una y otra vez. Se detiene de repente y mi cuerpo se arquea en señal de protesta. Me aprieta el coño, me agarra de la cadera y me pellizca el clítoris con fuerza, haciéndome jadear y gritar de dolor.

—Te he dicho que te quedes quieta —me exige.

—Pero… —Le suplico—: Por favor, yo… lo necesito… por favor, no pares… lo quiero… lo necesito… por favor….

—¿Qué? —pregunta, inclinándose cerca de mí, hablándome directamente al oído—. Dímelo sin hablar —gruñe, pellizcándome de nuevo el clítoris. Siento cómo me pasa la otra mano por el cabello y sus uñas me rozan el cuero cabelludo. No puedo respirar, las lágrimas me corren por la cara. Esta vez lágrimas de éxtasis. Todo mi cuerpo tiembla mientras él desliza dos dedos dentro y fuera de mí.

—Es suficiente por ahora —dice, dejándome jadeante y desesperada, y sale de la bañera. Me quedo inmóvil mientras se seca con la toalla y sale del cuarto de baño.

Me baño, me seco con la toalla y me voy a la habitación a vestirme. Tengo que evitar volver con él. Estoy enfadada, dolida, pero mi coño sigue palpitando de necesidad. Quizá este sea su juego. Cuando lo deseo, se aleja de mí. Pero me quitó, me quitó tanto que estuve llorando en el suelo.

Sacudo la cabeza. No quiero que piense que ha ganado, que estoy rota.

7

Ryan

Stacey está en la puerta de mi casa. Es mi novia, pero por desgracia, eso nunca me impidió follar con ella, incluso antes de Gaby.

—¿Qué quieres? —pregunto, y Stacey arquea una ceja.

—¿Así me saludas, cariño? —dice, acercándose, y de repente no hace nada por mí. Ninguna chica lo hará nunca porque ninguna de ellas será jamás mi hermanastra.

Gaby es una puta droga

Me estremezco cuando Stacey me rodea con sus brazos.

—Esperaba una bienvenida más cálida, teniendo en cuenta que hace dos semanas que no nos vemos. Incluso hiciste una fiesta mientras yo no estaba. —Hace un mohín. La decepción en sus ojos es evidente.

Respiro hondo.

—Stacey, tenemos que hablar —le digo.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupada.

—Mira. Lo nuestro fue divertido mientras duró, pero ya no lo siento.

Abre los ojos con incredulidad. La habitación se queda en un silencio incómodo.

—¿Hay alguien más?

Sacudo la cabeza.

—No, no hay nadie más. Ya no me funciona. No puedo seguir fingiendo que todo va bien cuando no es así.

La cara de Stacey se pone roja de ira.

—¿Vas a tirar por la borda lo que teníamos porque te aburres? Eso es una putada.

—No me aburro —respondo—. Es que no quiero seguir haciendo esto.

A Stacey se le llenan los ojos de lágrimas.

—No puedo creer que me estés haciendo esto. Creía que teníamos algo especial, Ryan.

—Follamos unas cuantas veces —me burlo—. Nunca fue a largo plazo para mí.

Ella aparta la mirada de mí, secándose las lágrimas.

—Bien. Si eso es lo que quieres, pero te arrepentirás, joder.

No me arrepentiré. Ella no es la chica que quiero. La chica que quiero está arriba, y tengo la intención de demostrarle lo mucho que la quiero en unos minutos.

—Nos vemos, Stacey —digo, señalando la puerta.

—¿Hablas en serio? —me pregunta.

Gaby baja por la escalera en ese momento, Stacey la fulmina con la mirada, luego me mira a mí y se marcha dando un portazo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Gaby.

Me encojo de hombros.

—Voy a salir. Quiero ver a Amy. Quiero hacer cosas normales, Ryan. Contigo. Esto. Es demasiado. —Gaby dice.

—Y una mierda que lo es. —Me acerco a ella y la levanto porque no pesa nada, echándomela al hombro—. Tengo un coño que comer.

Gaby grita y me golpea la espalda mientras la llevo a mi habitación, disfrutando de cómo se siente su cuerpo contra mí. Una vez en mi habitación, la tiro en la cama y me subo encima de ella, inmovilizándola con los brazos.

—No vas a ir a ninguna parte —le digo en voz baja y áspera mientras aprieto mi

cuerpo contra el suyo. Se retuerce debajo de mí, con los ojos muy abiertos por el deseo y la excitación.

—No quiero ir a ninguna parte —susurra sin aliento, y siento una oleada de triunfo—. Esa es la jodida cuestión. Eres un gilipollas cruel, pero no quiero estar en ningún sitio más que aquí. Pero yo también necesito ver a mis amigas.... —La beso con fuerza, silenciándola, explorando su boca con la lengua mientras recorro su cuerpo con las manos, sintiendo cómo se estremece debajo de mí.

Finalmente, nos separamos, sin aliento, y mi polla está durísima.

—Ryan —dice Gaby, con la voz ronca por el deseo—, te necesito ahora mismo. Necesito que me hagas olvidar lo gilipollas que puedes llegar a ser.

Y yo obedezco. Lo hago porque quiero perderme en esta chica.

Le quito la ropa.

—Te lo dije, no las necesitarás cuando entres por la puerta.

Suelta una risita que me excita más que sus gritos de dolor. Intento mantener a raya a la bestia. Voy a ir despacio.

Mientras beso y mordisqueo su cuerpo, ella gime y se retuerce debajo de mí. Me tomo mi tiempo, saboreando cada centímetro de su piel, provocándola y complaciéndola con mi lengua.

—Más... —me suplica, y meto los dedos en su coño empapado, con sus jugos cubriéndome los dedos.

—Oh, joder —grita.

—Por favor —gime, arqueando la espalda y abriendo más las piernas—, más.

Sonrío perversamente, saco el dedo y deslizo dos de mis dedos dentro de sus resbaladizos pliegues, sintiendo su calor y su humedad envolviéndome.

—Ryan jadea, con los ojos en blanco de placer. Sigo metiendo y sacando los dedos de su interior, observando cómo su cuerpo se retuerce debajo de mí.

Me acerco a su oído y le susurro:

—¿Te gusta, nena? ¿Quieres más? —Ella asiente ansiosa, un suave gemido se escapa de sus labios.

Paso el pulgar por su clítoris hinchado, aplicando la presión justa. Se estremece y mueve las caderas hacia mi mano.

—Más fuerte —jadea, agarrando las sábanas con fuerza. Le hago caso, aumentando el ritmo y acercándola al límite.

—Córrete para mí, preciosa —le digo en voz baja y ronca—. Déjame sentir cómo te corres en mis dedos.

Con un fuerte grito, se estremece debajo de mí y noto cómo sus paredes se aprietan alrededor de mis dedos mientras se desata. La saco lentamente, me llevo los dedos a los labios y los lamo, saboreando su gusto.

—¿Más? —pregunto, con la voz impregnada de lujuria mientras la miro. Me mira con una sonrisa socarrona, mordiéndose el labio inferior y provocando una oleada de necesidad en mí—. Oh, sí —responde ansiosa, con sus preciosos ojos verdes brillando de expectación.

Sin perder un instante, me dirijo hacia su coño empapado, sintiendo su calor y su humedad rodearme mientras la lleno. Jadea debajo de mí y me aprieta la espalda con las manos.

—Joder, qué bien te sientes —gime, mientras sus caderas se mueven al ritmo de las mías—. Qué bien.

—Ya no duele, ¿verdad? —le pregunto.

—No —gime.

Gimo ante la deliciosa sensación de su cuerpo apretándose a mi alrededor, sus uñas clavándose en mi piel mientras me empuja más adentro.

—¿Te gusta, nena? —Murmuro en su oído, mi aliento caliente contra su piel—. ¿Quieres que te folle más fuerte?

Vuelve a gemir en respuesta, su cuerpo se arquea hacia el mío mientras empiezo

a moverme con renovada intensidad. Sus gemidos llenan la habitación, mezclándose con los míos mientras follamos.

—Eres tan jodidamente estrecha —gimo, mis caderas bombeando más rápido—. No puedo saciarme de ti.

—Oh, Dios, sí —grita, arqueando la espalda mientras se deshace.

Verla desbordada por el placer es suficiente para llevarme al límite, mi propia liberación me recorre mientras vuelvo a vaciar mi semilla en su interior.

—Debemos tener más cuidado —jadea cuando nos tumbamos juntos, con los cuerpos entrelazados mientras luchamos por recuperar el aliento.

—¿Por qué? Quiero que tengas a mis hijos.

Con el tiempo, tendremos que volver al mundo real donde ella es mi hermanastra y un tabú prohibido, pero en este momento, nada más importa. Porque en este momento, estamos exactamente donde ambos queremos estar.

Vuelvo a penetrarla despacio, esta vez saboreando cada centímetro de su calor. Jadea y su cuerpo se tensa de placer.

—Dios —gime—. ¿Cómo sigues empalmado?

—Tú, tú me la pones dura, Gaby. La idea de follarme a mi hermanastra me pone duro como el acero.

Agarro sus caderas con fuerza y la penetro con más fuerza, disfrutando de su estrechez a mí alrededor. Pone los ojos en blanco de éxtasis cuando llego a lo más profundo de ella.

—Joder, qué bien te sienta el coño —gruño, golpeándola repetidamente.

Agarra las sábanas con fuerza mientras gime y se retuerce debajo de mí. Me inclino y le muerdo el cuello, dejándole marcas.

—Te gusta, ¿verdad, putita? —me burlo, tirándole del pelo y penetrándola aún más fuerte.

Grita de placer y su cuerpo se estremece a mí alrededor mientras alcanza el

orgasmo. Con una última embestida, vuelvo a derramar mi semilla en su interior, jadeando.

Siento cómo se aprieta a mí alrededor, su respiración entrecortada.

—Estoy cerca —jadea—, no pares.

Acelero el ritmo, empujando más fuerte y más rápido hasta que los dos gritamos de éxtasis y caemos abrazados. Nos quedamos tumbados, jadeantes y sudorosos. Agotados, pero satisfechos.

—Ha sido jodidamente excitante —murmura ella, aun intentando recuperar el aliento. Le sonrío y le paso la mano por el pelo.

—Hagámoslo otra vez —me río.

—Sabes —susurra—, podría hacer esto todo el día. Pero necesito comer.

Me río, la acerco y le beso los labios.

—Duchémonos y vamos a por pizza.

Nos duchamos rápidamente y, después de vestirnos, vamos a por pizza.

Pedimos una pizza grande de salchichón y champiñones con una jarra de cerveza y nos sentamos en una mesa junto a la ventana, devorando la deliciosa pizza y bebiendo a sorbos nuestras cervezas frías.

—¿Podemos quedarnos aquí para siempre? —dice, gimiendo al dar un mordisco a la pizza.

Yo me río.

—Cualquier sitio donde no pueda tocarte no es de mis favoritos. —Solo de pensarlo se me pone dura.

—Necesito ir al baño —dice cuando termina su porción. Le brillan los ojos y sé que está un poco achispada.

Asiento con la cabeza, sin dejar de mirarla mientras se levanta.

—¿Quieres que te acompañe? —Pregunto en voz baja y ronca de deseo. Abre

ligeramente los ojos, pero asiente y se levanta. Juntos nos dirigimos al baño.

Una vez dentro, la empujo contra la pared y la beso profundamente, recorriendo su cuerpo con mis manos. Ella gime suavemente y me acaricia el cabello mientras yo la beso más fuerte y más profundamente.

Sin mediar palabra, la levanto y la golpeo contra el espejo, agarro sus muslos con las manos y le desabrocho los vaqueros. La penetro con fuerza y brusquedad, y ella grita, pero me da igual. Me importa una mierda quién entre y me vea follándome a mi hermanastra. Sólo pienso en lo bien que se siente, en cómo quiero follármela hasta que no pueda andar erguida.

Me abalanzo sobre ella sin descanso, mis caderas chocan contra las suyas una y otra vez hasta que noto que se aprieta a mí alrededor y se le escapa un gemido.

—Eres mía —le gruño al oído—. Voy a llenarte todos los agujeros antes de que acabe el fin de semana.

Jadea, me araña la espalda con las manos mientras la penetro con más fuerza.

La agarro del cabello, tiro de su cabeza hacia atrás y expongo su cuello a mi boca hambrienta. Gime y arquea la espalda, apretando su cuerpo contra el mío. Siento su calor, su desesperación.

—Dilo. Di que me perteneces —gruño, con una voz grave y peligrosa.

—Soy tuya, Ryan.

—Lo que quiero, lo cojo. —Deslizo la mano por su garganta, apretando lo justo para hacerla jadear. Me mira con miedo y excitación, pero no me importa. Necesito follármela así, ahora.

La saco y vuelvo a penetrarla, agarrándola con las manos por el culo y levantándola para que reciba cada una de mis rudas embestidas. Grita con cada embestida, pero no le doy tregua. En lugar de eso, la doy la vuelta y esta vez la estampo contra la pared. Le sujeto los brazos a la espalda, inmovilizándola contra mí mientras la follo brutalmente.

—Eres mía —repito una y otra vez—. Puedo hacer lo que quiera contigo. —

Siento cómo su cuerpo se rompe, cómo su coño de putita se aprieta a mí alrededor mientras alcanza el clímax. Empujo dentro de ella hasta que lo hace, gritando mi nombre. Pero aún no he terminado.

La empujo contra el sucio suelo del baño y le meto la polla entre los labios, obligándola a tragar. Se atraganta y tiene arcadas, las lágrimas le corren por la cara, pero no le doy la oportunidad de recuperarse. Me abalanzo sobre su boca, utilizándola como mi agujero de mierda personal hasta que finalmente alcanzo el clímax, derramando mi semilla caliente por su garganta.

Al separarme de ella, veo que está completamente destrozada.

—Para esto estás aquí. Para que te usen, abusen de ti y te destrocen. Y eso es exactamente lo que te haré antes de que acabe el fin de semana.

Se levanta con piernas temblorosas.

8

Gabriella

Me encanta lo duro que es, pero a veces me asusta. Pasa de lo suave a lo violento, y no sé qué Ryan me tocará. Estoy preparando la cena, pero me estremezco al pensar en lo bruscamente que me ha follado esta mañana. ¿Soy una puta libertina por desearlo como lo deseo? He ignorado las llamadas de mis amigas. Esas fotos son lo último en lo que pienso.

Estoy en la cocina, cortando un pepino para hacer una ensalada para Ryan y para mí. El sonido del cuchillo cortando la verdura resuena por toda la habitación y me pierdo en el movimiento repetitivo.

De repente, Ryan abre de golpe la puerta de la cocina y camina hacia mí. Congelo la mirada oscura de sus ojos, que hace que el corazón me retumbe en el pecho.

No dice ni una palabra. En lugar de eso, me agarra por la cintura y me levanta sobre la encimera, haciendo que el pepino caiga al suelo. Respira con dificultad y noto su erección presionándome el coño a través de los vaqueros.

—Esta noche vas a ser mi juguetito para follar, ¿entendido? —Lo dice en un tono que no deja lugar a discusiones.

Asiento con la cabeza, demasiado excitada para articular palabra.

Coge el pepino del suelo y me lo acerca a la cara.

—Abre —me ordena.

Hago lo que me dice y me mete el pepino en la boca, provocándome arcadas.

—Para esto sirves, ¿no? Para que te llenen como a una putita obediente.

Gimo alrededor del pepino cuando me golpea la parte posterior de la garganta.

Luego me lo saca de la boca.

—Abre las piernas —me dice. Hago lo que me dice. Desnuda porque eso es lo que quiere. Grito cuando utiliza el pepino para penetrarme, primero contra mi clítoris y luego hundiéndolo profundamente en mi interior. El frescor del pepino mezclado con el tacto áspero y caliente de Ryan me hace gemir. Lo desliza dentro y fuera de mí, con la mente nublada por la espesa invasión.

—¿Vas a correrte así por tu hermano mayor?

—¿Es eso lo que quieres? —Jadeo.

Siento cómo me estira, cómo me llena por completo. Me agarro al borde del mostrador, intentando estabilizarme mientras me folla sin piedad con el pepino, y entonces me corro con fuerza.

Me la saca y gimo al sentirme vacía.

Una vez satisfecho, me empuja sobre la encimera con la cabeza colgando del borde.

Se coloca frente a mí y me mete la polla hasta la garganta, con las manos en la nuca. Tengo arcadas y me ahogo, la saliva me gotea por la barbilla mientras me folla la boca con tanta fuerza que me tambaleo al borde de la consciencia.

—Buena chica, tómatelo todo —gruñe, y siento cómo me golpea el fondo de la garganta.

—Sucia putita, trágate cada centímetro —gruñe y me penetra hasta el fondo de la garganta. Crece en mi boca, bloqueando mis vías respiratorias. Se retira para cubrirme la cara con su semen. Se retira y termina de eyacular sobre mi cara.

Vuelve a coger el pepino y se lo come con fruición, como si estuviera reviviendo nuestro acto anterior.

Me quedo tumbada en la encimera, agotada y mareada, mientras Ryan se

marcha, dejándome con una sensación de satisfacción y un nuevo aprecio por la versatilidad de los pepinos.



Cuando desaparece el último bocado de comida, Ryan se levanta y me tiende una mano.

—Vamos —dice con una sonrisa de satisfacción—, esta es la parte de la noche en la que te enseño mi película favorita.

Le sigo hacia el salón, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Cuando aparecen los créditos iniciales en la pantalla, me rodea con el brazo y tira de ella.

Pero cuando empieza el avance, se me abren los ojos y se me calientan las mejillas. Es una película pornográfica.

—Siempre he querido ver porno con una chica —dice con una sonrisa perversa.

Mientras vemos a la pareja en pantalla follando duro, la mujer gritando y gimiendo como una putita, siento que mi coño se aprieta. Sus pantalones ya se están abriendo.

Susurra:

—Te deseo tanto ahora mismo, Gaby. Móntame la polla así. Quiero que me cabalgues hasta que no puedas más.

Me pongo a horcajadas sobre él, me hundo en su polla y me meneo hacia delante y hacia atrás, cada movimiento hace que el placer se dispare a través de mí.

Los sucios gemidos del actor mientras lo cabalgo me excitan aún más. Me mojo más con cada embestida. Mi coño se aprieta alrededor de su polla.

Ryan me aprieta las tetas y el culo, y sus manos exploran mi cuerpo con destreza.

—Joder, qué buena estás —me gruñe al oído—. Quiero que te corras por mí, nena.

Mi cuerpo se estremece al oír sus palabras y sé que me estoy acercando, pero aún no he llegado del todo.

Levanta las caderas al encuentro de las mías, creando un ritmo que envía oleadas de placer por todo mi cuerpo.

—Te sientes tan bien, Gaby —murmura.

De repente, se separa de mí y me levanta, con la polla aún dura como una roca y reluciente de mis jugos.

—Arrodíllate —me ordena.

Obedezco y me arrastro a cuatro patas hacia él. Se coloca frente a mí, con la polla a escasos centímetros de mi cara.

—Chúpala —me ordena.

Sin dudarlo, abro la boca y se la meto. Gime mientras giro la lengua alrededor del tronco y chupo con fuerza la cabeza. Todavía siento mi propio sabor, lo que me excita aún más.

Me agarra del cabello y tira de mi cabeza hacia él, metiéndola y sacándola de mi boca.

—Eres una putita muy buena —se ríe—. Me tomas así.

Gimo alrededor de su polla, el sabor y el sonido me vuelven loca. Me saca la polla de la boca y me empuja al suelo. Se pone encima de mí, me sujeta los brazos por encima de la cabeza y me golpea con más fuerza que nunca.

El sonido de nuestras pieles golpeándose llena la habitación, junto con nuestros gemidos de placer.

—Me aprietas mucho —gruñe—. Siento cómo me aprietas, nena.

Arqueo la espalda y subo las caderas para recibir sus embestidas.

—Voy a correrme —grito.

—Yo también, nena —jadea él, con el cuerpo tenso mientras explota dentro de mí.

Nos desplomamos en el suelo, sin aliento y satisfechos.

—Eres mi película favorita —susurra. Me río de lo duro que puede ser un minuto y lo dulce que es al siguiente.

—Vamos a la cama. Necesito dormir. Te tengo toda para mí unas horas más y necesito descansar. Tengo que follarte una vez más. —Me dice besándome los labios.

9

Ryan

Me despierto en mitad de la noche, sudando y tan jodidamente duro. La suave respiración de Gaby a mi lado solo lo empeora. Está tan guapa. Inocente. Cuando acaricio su piel de seda, se revuelve, se da la vuelta y entierra la cara en la almohada, profundamente dormida. La necesito más que nunca. Sentir cada centímetro de ella.

Es como una adicción que amenaza con destruirme. Hace diez años, mi padre trajo a esta chica y a su madre a mi casa, y por mucho que la odiara, su llegada acabó con la pesadilla. Mi padre dejó de utilizarme como saco de boxeo. No tiene ni idea de lo mucho que me dañó, y lo odio por su culpa. No puedo tener a Gaby. Aprieto los puños.

No puedo resistirme más. Salgo de la cama sin hacer ruido, no quiero despertarla. Necesito estar dentro de ella. Necesito sentirla. Mi putita traviesa a la que le encanta lo duro y lo sucio.

Salgo de la cama en silencio, esperando no despertarla. Mi polla está dura como una piedra mientras me arrodillo junto a la cama, colocándome detrás de ella. Su hermoso y regordete culo me llama. Sus deliciosas curvas me excitan tanto que no puedo resistirme. Agarro sus suaves caderas y tiro de ella hacia mí, obligándola a inclinarse. Sólo puedo ver sus nalgas respingonas.

Gime, pero solo se remueve, sin despertarse. Lubrico mi polla, preparándome para invadirla. Empujo mi polla hasta la entrada de su fruncido agujero, y ella gime, su pequeña y apretada entrada ya agarra mi polla mientras la penetra. Es una

sensación celestial. Aunque sé que tengo que ir despacio, estoy desesperado por liberarme, así que sigo empujando.

Ella empieza a agitarse debajo de mí.

—Ryan... —susurra.

—Shh, duerme nena. —Pero está despierta y se agarra a las sábanas.

—Por favor, con calma, Ryan —me suplica.

Ignoro su petición, sintiendo una sensación de poder. Controlo su cuerpo y puedo hacerle sentir placer como nadie, pero también dolor.

Empujo dentro de ella, gruñendo, ignorando sus gritos de dolor. Empujo más adentro, a través de la resistencia, dilatando su agujero como dilataron el mío hace tanto tiempo. Ella es mi salvación. Ella me curará. No sabía que podía sentirme así. La follo con más fuerza, cada vez más deprisa, y mis gritos de placer alcanzan su punto álgido. Mi mente se desvía hacia un lugar oscuro, y lo odio. *Quédate aquí*, me digo. *Quédate con ella*.

Mi polla palpita y sé que debo liberar esta tensión ahora. Me inclino sobre Gaby, sintiendo su calor contra mí, la saco y vuelvo a introducirme en su culo, esta vez con más fuerza. La sensación de su apretado agujero apretándome es casi insoportable. Gimo fuerte, incapaz de contenerme más. Empiezo a moverme y a penetrarla con fuerza y rapidez.

Sé que lo está disfrutando a pesar de sus protestas. La agarro del cabello y tiro de él, viendo cómo echa la cabeza hacia atrás. Sé que le estoy haciendo daño, pero no puedo evitarlo. Lo necesito.

Sigo penetrando, cada vez más. Estoy perdido en el momento, perdido en mi deseo por mi hermanastra. Sé que me iré mañana, y puede que sea la última vez que la tenga así. Estoy dividido entre mi amor por ella y saber que le estoy haciendo daño. Pero no puedo parar ahora. La necesito.

Sigo empujando, queriendo más y más de ella. Ahora estoy llorando, las lágrimas me caen por la cara mientras me aferro a ella con fuerza. Sé que la quiero, pero

también sé que no puedo estar con ella. Ni ahora ni nunca.

El dolor me devuelve a la realidad, al presente, y alejo todos esos malos recuerdos. Me concentro en cómo se siente debajo de mí, en su cálida piel y en cómo gime repetidamente mi nombre. Sé que es la única que puede salvarme de mí mismo y de mis demonios.

Sigo empujándola, golpeándola con toda la desesperación contenida y la necesidad a la que me he aferrado durante años. Ella es mi redención, mi escape de la oscuridad que amenaza con consumirme.

La agarro por las caderas y la atraigo más hacia mí, más adentro. Quiero estar tan cerca que ya no seamos dos seres separados; nos convertimos en un solo ser, una sola entidad, y no existe nada más.

Estoy tan cerca del límite, tan cerca de dejarme llevar por completo. Quiero gritar su nombre y decirle lo mucho que significa para mí, pero no encuentro las palabras. Lo único que puedo hacer es seguir penetrándola, sentir cómo su cuerpo responde al mío.

Finalmente, no puedo contenerme más. Exploto dentro de ella, derramando mi semilla en su interior. Mi cuerpo se estremece de placer mientras me derrumbo sobre ella, saboreando la sensación de su calor, de cómo se aferra a mí.

Necesito a Gaby más que a nada en este mundo. Ella es mi maldita razón para respirar. Susurro su nombre mientras me duermo, sabiendo que estará ahí cuando me despierte, lista para curarme de nuevo.

10

Gabriella

Estoy visitando a mi madre y a Alex. Necesitaba algo de espacio con Ryan. Charlan sobre su reciente fin de semana fuera y no puedo evitar pensar en Ryan y en lo que pasó anoche. Después de que me follara brutalmente el culo, no pude dormir. A las cinco de la mañana, decidí ducharme y conducir hasta casa. Necesitaba normalidad, y todo lo relacionado con Ryan y yo no es eso.

—¿Cómo van las cosas entre Ryan y tú? —Mamá pregunta, con los ojos brillantes.

—¿Qué? —Pregunto, casi atragantándome con mi bebida—. ¿A qué te refieres?

—Lo de vivir juntos. —Mamá se ríe.

—Sí... eh... está bien. Ha estado bien.

Lo que quiero decir es que me ha cambiado la vida. Por enfermo y repentino que sea, estoy enamorado de mi hermanastro roto.

Que quiero verlo.

Quiero verlo todo.

Y eso es lo que lo sella para mí. Necesito ir a casa. Por Ryan. Por nosotros.

—Creo que voy a ver a Amy —digo.

—Pero si acabas de llegar —dice Alex, mi padrastro, y sus ojos me transmiten algo que no acabo de entender.

—Lo siento, es que tengo mucho trabajo que cubrir.

Cojo las llaves y me dirijo al coche, con la emoción y los nervios mezclándose en mi estómago. Mientras conduzco, no puedo dejar de pensar en Ryan. Sus caricias, sus palabras, su cuerpo. ¿Cómo puedo querer a alguien tan mal y a la vez sentirme tan bien?

Cuando llego a nuestro apartamento, aparco el coche y respiro hondo.

Cuando veo a Ryan, el corazón se me hincha literalmente al verlo.

Cruza la habitación y su beso me saca de dudas. Nuestros labios se encuentran desesperadamente. Sé que está mal, pero en ese momento, nada más importa. Lo único que quiero es a él.

Jadeo cuando me agarra por la cintura y tira de mí hacia él, nuestros labios se encuentran en un beso desesperado. Lo único que quiero es sentirlo dentro de mí, que me folle duro hasta que no pueda más.

Me empuja contra la pared, me arranca la ropa interior, la tela cede con facilidad y me estremezco de anticipación. Gimo, arqueando la espalda contra el áspero tronco mientras me levanta y mis piernas lo rodean instintivamente una vez que se ha desabrochado los vaqueros. Su polla es tan hermosa y gruesa como la recordaba, y gimo cuando entra en mí.

—Tómame así. Fóllame como la putita que soy —le susurro al oído mientras me penetra con fuerza y rapidez.

La pared está fría contra mi piel, pero apenas me doy cuenta porque me pierdo en el placer de sus caricias.

—Te gusta, ¿verdad? —gruñe mientras me penetra con fuerza y sus dedos se clavan en la carne de mis caderas—. Te gusta que te follen así, sucia putita.

Mis gemidos llenan el aire mientras me penetra, cada embestida envía ondas de placer por todo mi cuerpo.

—Sí, así —jadeo, clavándole las uñas en el cuello—. No pares, fóllame más fuerte.

Empujo mis caderas contra él, incitándole.

—Me corro, nena... No puedo —gruñe, se detiene y se para. Estoy momentáneamente perdida. La sensación de su polla retorciéndose dentro de mí es eufórica. Se saca y se desliza, y mis músculos se tensan a su alrededor.

—¡Joder, Gaby! —Gime, me agarra por el culo, tirando de mí contra él, y suelto un pequeño grito ahogado.

El orgasmo se apodera de mí y, un segundo después, exploto y su nombre sale a borbotones de mis labios mientras siento placer. Él sigue empujando, haciendo que oleadas de placer recorran mi cuerpo. Cuando por fin vuelvo a bajar, se separa de mí y apoya la frente en la mía. Todavía tengo las piernas sujetas a su cintura y el corazón me late con fuerza contra las costillas.

—No debería haberme ido después de lo de anoche —susurro—. ¿Podemos ducharnos y hablar?

—Sí, tenemos que hablar —dice, sin aliento. Hay algo en su voz que me asusta.

Me lleva a la ducha y abre el grifo. Nos quedamos juntos, con el agua caliente cayendo en cascada por nuestros cuerpos.

—Lo siento —empieza a decir en voz baja, pasándome los dedos por el cabello.

—¿Por qué? —le pregunto, poniendo una mano sobre su pecho.

—No esperaba que pasara nada de esto. —Sus palabras son como un puñetazo en las tripas. Sale de la ducha bruscamente y me quedo atónita, viéndole secarse con la toalla.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, saliendo de la ducha y cogiendo una toalla para cubrirme—. Prácticamente me obligaste a hacer esto y ahora quieres tirarlo a la basura como si no fuera nada. Como si lo que hemos hecho no fuera nada. —Siento que se me hace un nudo en la garganta.

Suspira y sale del baño. Le sigo de cerca. Esta conversación no ha terminado.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado en un par de horas? Tú me querías. Tú hiciste esto. Hiciste que te deseara.

—Joder, Gaby, no debería haberlo hecho —dice, evitando el contacto visual.

—¿Cuándo decidiste esto?

—¡Eres mi hermanastra, joder! — Grita, y mi ira amenaza con desbordarse.

—¿Fue antes o después de obligarme? ¿No soy lo suficientemente buena, Ryan? ¿Es eso?

Abre la puerta de su habitación.

—Tengo que cambiarme.

Me burlo. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no pienso darle esa satisfacción.

Me envuelvo más en la toalla.

—No te preocupes, Ryan. Lo entiendo.

Camino de vuelta a mi habitación y siento el peso aplastante del rechazo y la vergüenza. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de dejarme enamorar de mi hermanastro? ¿Y por qué tuvo que hacerme sentir como un objeto desechable?

Intento contener las lágrimas, que acaban derramándose. Me siento humillada y utilizada, y me odio por dejar que tenga ese poder sobre mí. Si pudiera volver atrás en el tiempo, dejaría de enamorarme de él. ¿A quién le importan ya esos estúpidos desnudos cuando dejo que me utilice y me desprecie? Él tiene razón. Soy una puta de mierda.

Mientras sigo caminando, la rabia amenaza con consumirme. Estoy enfadada con Ryan por su manipulación y su desprecio por mis sentimientos. Enfadada conmigo misma por ser tan ingenua y vulnerable. Y con esa rabia llega una nueva determinación de no dejar que Ryan vuelva a hacerme daño.

11

Ryan

Es la cena de aniversario de nuestros padres. Llevo un mes sin ver a Gaby, desde que se mudó de mi piso a la residencia universitaria. Ha sido un mes de jodida tortura, y ahora vamos a pasar un fin de semana juntos en la casa de la playa de nuestros padres. Sé que la culpa es mía. Al entrar en el restaurante, me quedo sin aliento al verla. Está preciosa, como siempre, pero sus ojos son fríos y distantes. Noto la tensión entre nosotros mientras nos sentamos a la mesa.

—Estoy muy contenta de tenerte con nosotros este fin de semana —dice Alicia. Tiene los mismos ojos verdes y el mismo cabello oscuro que Gaby. Una versión más vieja y menos enfadada.

—Hacía tiempo que no hacíamos algo juntos en familia —dice mi padre.

Sonrío amablemente, pero mis pensamientos están en cualquier cosa menos en estas minivacaciones familiares.

Nuestros padres rememoran el día de su boda, pero Gaby y yo permanecemos en silencio. El silencio es ensordecedor.

Es como si estuviéramos atrapados en el limbo, incapaces de avanzar o de mirarnos a los ojos. Cada vez que intento entablar una conversación, ella me cierra la boca con una respuesta cortante o una mirada pétrea. Veo la confusión en los ojos de nuestros padres y sé que les cuesta entender lo que está pasando. Discutimos y bromeamos. Esto es nuevo.

Cuando Gaby se levanta bruscamente, sé que tengo que hacer algo.

—Ahora vuelvo —les digo a nuestros padres.

Cuando entra en el baño, me escabullo rápidamente y cierro la puerta tras de mí. Se da la vuelta, asustada, pero su cara se transforma rápidamente en ira cuando ve que soy yo.

—Hola, princesa —sonrío.

—¿Qué haces aquí? —pregunta—. Están ahí fuera.

—Me importan una mierda —digo acercándome a ella. Su olor, su voz, todo me atrae.

—No. No puedes hacer esto. Me has hecho daño, Ryan.

—Lo sé —digo, con voz grave y áspera.

Alargo la mano para tocarle la cara, pero ella retrocede.

—No, esto no es una buena idea —dice con firmeza—. No podemos seguir haciéndolo. Está mal, ¿recuerdas? Eso es lo que dijiste.

Siento una punzada de culpabilidad, pero rápidamente la sustituye el deseo.

—Sabes que lo deseas, Gaby. ¿No me has echado de menos dentro de ti? —Me acerco más, con las manos en su cintura, atrayéndola hacia mí. Ella respira agitadamente—. Por favor —le digo, con voz de súplica—. Sólo esta vez. No puedo estar en la misma casa que tú todo el fin de semana a menos que te haya sacado de mi sistema.

Respira agitadamente y se pasa un dedo por el cuello. Cierra los ojos y sé que está cediendo. Siempre cederá. Mis labios se pegan a los suyos, mis dedos se enredan en su cabello, mi lengua invade su boca mientras la hago retroceder y la empujo contra la pared del baño. Jadeamos cuando nos separamos y la subo a la encimera, ansioso por penetrarla.

—Tu coño es mío —le digo mordiéndole la suave piel del cuello. Ella gime y yo siento que me pongo cada vez más duro. Alargo la mano para desabrocharme el cinturón, desesperado por aliviar el dolor. Me hundo en su coño, dejando escapar un

gruñido, saboreando la sensación de sus estrechas paredes a mí alrededor.

—¡Dios, eres perfecta! —Gruño mientras empujo más profundamente, deseando perderme dentro de su coño. La culpa desaparece. Sólo pienso en ella. Sus gemidos llenan el pequeño espacio, le desabrocho la camisa, entierro la cara en su cuello y bajo besando hasta sus pechos. Le bajo el sujetador y me meto un pezón duro en la boca, chupándolo y mordiéndolo mientras mis manos recorren cada curva de su cuerpo.

Sube a tomar aire y le tapo la boca con la mía. Me agarra del cabello como si temiera que me detuviera. Eso sólo hace que la folle con más fuerza, bombeando mi polla dentro de su coño.

—¿Me deseas, putita?

La golpeo de nuevo, y luego otra vez. Su coño está tan apretado alrededor de mi polla.

—Sí, joder, Ryan…. —Grita, arqueando la espalda, y sé que está a punto. Aumento el ritmo, empujando más fuerte y más profundo. Grita mi nombre, su cuerpo se convulsiona a mi alrededor.

Sigo bombeando dentro y fuera de ella, saboreando la sensación de sus paredes palpitando contra mí. Beso y lamo sus pechos, pasando la lengua por sus pezones hasta que están duros y sensibles.

Sus manos me agarran del cabello y me acercan.

—Córrete dentro de mí —me anima. La complazco y la penetro con todas mis fuerzas. El sudor me resbala por la frente mientras la hago gritar y retorcerse debajo de mí.

Finalmente, con una última embestida, exploto dentro de ella y todo mi cuerpo se estremece de placer.

—¡Joder! —gruño mientras las últimas gotas de mi semilla la llenan. La miro a los ojos, me agacho y le unto el coño con mi semen.

—No te perderé —le digo, y ella suspira cerrando los ojos. Incluso en sus

palabras no pronunciadas, sé que la he cagado. Pero ella no entiende lo desesperadamente que lo digo. Puede que la haya cagado desde el principio, pero sé que no podré dejarla marchar.

Nos arreglamos la ropa y ella sale del baño. Yo salgo unos minutos después.



Cuando bajo las escaleras, la fiesta de aniversario está en su apogeo.

Aprieto la mandíbula cuando veo a Gaby charlando con uno de mis amigos, Marcus, junto a la piscina. Hemos pasado todos los veranos en la casa de la playa, pero por cómo mira a Gaby, es obvio que no sólo le interesa nadar y hacer surf. Gaby lleva un bikini dorado, con las tetas abiertas como fruta madura. Se ríe de algo que dice Marcus. Sé que no debería estar celoso, pero lo estoy, joder. Puede que no pueda decirle a nadie que es mía, pero lo es, en todos los sentidos de la palabra.

Cojo una cerveza de la nevera y me acerco a ellos. A Gaby se le iluminan los ojos cuando me ve, pero enseguida le quita importancia.

—Hola —me dice con voz emocionada.

Me fuerzo a sonreír y saludo a Marcus con la cabeza.

—¿Qué pasa, amigo?

Marcus me mira con una sonrisa de satisfacción.

—No mucho, solo que te has dado cuenta de que tu hermana pequeña ya no es tan pequeña.

Mis puños se aprietan ante sus palabras, pero intento mantener la calma.

—¿Ah, sí? ¿Qué se supone que significa eso?

Marcus me da un puñetazo juguetón en el brazo.

—Sólo bromeaba, amigo.

Me bebo la cerveza de un trago y me disculpo, entrando en casa.

Una vez dentro, me dirijo directamente al bar a por otra copa. Necesito calmar la irritación antes de cometer una estupidez. Mientras bebo otro sorbo, siento una mano en el hombro.

—Hola —dice Gaby en voz baja—. ¿Va todo bien?

Me vuelvo hacia ella y fuerzo una sonrisa.

—Sí, todo va bien. Solo necesitaba un poco de espacio.

Gaby asiente y se inclina hacia mí.

—Siento lo que dijo Marcus.

Levanto una ceja.

—¿Sientes lo que dijo o sientes haberte comportado como una puta delante de él?

Gaby enrojece de vergüenza.

—¿Qué? No —balbucea, alejándose un paso de mí—. No quise decir eso....

Pero ya me estoy dando la vuelta. Si no lo hago, me voy a volver loco aquí mismo, con toda esta gente, incluidos nuestros padres.

—No pasa nada —murmuro—. No te preocupes.

Empiezo a alejarme, pero Gaby me agarra del brazo y me detiene.

—Espera —me dice, con voz urgente—. Por favor, ¿podemos hablar? Vamos arriba. —Mira a su alrededor. Sí, quizá deberíamos subir.

Pasamos entre la gente y, cuando estamos dentro de mi habitación, cierro la puerta con llave y me elevo sobre ella. En unos segundos le arranco la parte de arriba del bikini. Jadea, pero no dice nada mientras la doy la vuelta y la empujo sobre la cama, con el culo hacia arriba.

—Demuéstrame lo arrepentida que estás, hermanita. —Siseo, arrancándole la ropa interior. Me bajo los calzoncillos, me los quito de una patada y me acaricio un

par de veces.

—Entonces fóllame como la puta que soy —dice Gaby, y sus palabras casi me empujan al límite.

La adrenalina me recorre cuando agarro el sedoso pelo de Gaby y tiro de su cabeza hacia atrás. Su cuerpo tiembla en mis manos y el aroma de nuestra excitación conjunta inunda el aire. Enrollo su pelo alrededor de mi mano y la sujeto firmemente contra mí mientras la penetro por detrás.

Con cada movimiento, sus gemidos se hacen más intensos y siento su calor palpitante apretándome con fuerza. Al verla, pierdo el control y me muevo cada vez más deprisa hasta que siento que alcanzo el clímax. Los gritos de Gaby se hacen más fuertes, sus piernas tiemblan sin control y sé que está a punto de llegar al orgasmo. Aumento la intensidad de mis embestidas, llevándola al límite hasta que se estremece y se tensa debajo de mí.

—Te amo, Gaby. —No puedo creer que esas palabras hayan salido de mi boca, pero sé que lo digo en serio. Le doy la vuelta y cubro su cuerpo con el mío. El puto mundo entero parece desaparecer cuando la miro a los ojos verdes.

—Yo también te amo, Ryan. —Dice, rodeándome con sus brazos. No sé lo que me deparará el futuro, pero, joder, si está ella, será perfecto.

FIN

WRECK Me

Sobre la autora

Lily Black es una autora independiente que escribe historias oscuras y deliciosamente tabú para alimentar tus deseos más oscuros y desviados.

LILY BLACK